

TRÍADA
Tomás Cohen
MAYOR



SIESTA VERLAG // AGOSTO 2023 // BERLÍN

BITÁCORA
DE UN PADRE
INESPERADO
[22.XII.20 — 28.VIII.21]

para mi Sol

FRUTERO

Ponía un poroto bajo mi almohada, luego un haba, pues él o ella tenía ese porte entonces.

Salía a caminar con un limón en el bolsillo: le hendía, nervioso, mi uña de padre inesperado.

Hoy salgo a caminar con una manzana en la mano —no cabe en el bolsillo.

Voy por un barrio ajeno. Pauso ante una puerta cerrada. Ahí vive una madre futura que se vuelve tan íntima como la mía. Aunque ya no sea su amante, acompaño su segundo corazón con este crescendo de frutas.

Mañana pondré un zapallo en mi mochila.

IRREVOCABLE

No hay vuelta atrás: resulta que eres el futuro. Curiosa tragedia, cuando la única opción es el amor. Tuve, de pronto, licencia para traficar ciertas palabras cuyas eternidades vagas antes resistía. Cedió mi recelo y empecé a hablarte en soledad, a ti, vida de mi vida. Como luna imprevista, aclaraste en mi noche una posibilidad superior. De pronto eras esperanza, causa para conservar la vida propia y cultivarla mejor.

Aunque dependes aún: eres frágil gelatina, no puedes defenderte sin amor. Por eso, te lo doy.

Tus bronquios son agallas todavía, hasta que respires con llanto. Dejarás tu océano entrañable, tendrás sed. Como el primer anfibio, reptarás hacia la torre del bípedo que trágicamente distanció los ojos de la tierra.

Tu tímpano: su tambor está a punto de vibrar con el más allá de tu madre. Exiliado del útero, vas a oír el ruido que es mi mundo.

Exiliado del útero te digo, porque recién supe que tu cuerpo aún dentro de un cuerpo no tendrá útero. Niño, tú alojado que no alojarás— como yo, tal cual. Cuando nazcas compartiremos esa nostalgia de los afuerinos, del siempre querer meternos de vuelta adonde nunca, nunca basta.

Cosquilleé con mis pestañas el vientre lleno de tu ventura venidera. Vertí un omphalos de aceite en la cuenca sobre la cúpula. Luego masajé el sombrero terso que cubría tu piscina secreta.

Te recité poemas en mi lengua que aprenderás medio extranjero.

Me arrodillé junto a tu madre alemana que oyó sin comprender, con ojos inundados. Imaginándote mientras recitaba, calcé mi nariz en su ombligo aceitado y quise que mi melodía atravesara los estratos latientes que nos separaban. Te di besos en vez de puntuación.

Sol te nombro, hijo, porque la iluminación duele, porque mi pasado sigue testarudo contra tu gloria. Cuando te miro fijo, quedo ciego.

Abrazaba a tu madre después de un desencuentro, entonces me pateaste de su vientre al mío: con violencia primaveral, rompiste la costra de escarcha entre los dos. Un tierno tallo tanteaba hacia arriba en busca del calor que nutre y mata— el invierno había pasado, venía el sol.

NO ES NADA DEL OTRO MUNDO, es un golpecito tenue, confundible entre retorcijones.

Le cuento a un amigo sobre esa primera patada. Él me dice *qué fuerte debe sentirse, ni me lo imagino*. Pero es más leve que un pellizco, le respondo, un roce apenas, una mirada fija que lega una peca.

Imagina el más tímido llamar a la puerta, el paso del botón por el ojal, lo más mundano... que conecta con otro mundo. Pon la oreja sobre un riel y oye acercarse por un túnel entre entrañas de montaña el ritmo de un tren todavía invisible. Es la tecla que te toca, no al revés.

Yo no era el músico, sino el instrumento: para que él viniera al mundo.

Que mi vida no sea solo mía.

ALUCINÉ QUE ME ROBABAS UN LIBRO: ya ibas al colegio, lo habías puesto a escondidas en tu mochila para llevártelo a tu casa, no la mía. Percibí el peso, su inusual aumento— sudabas cuenta arriba por el parque. Pero el tomo no era lastre: te daba impulso. Lo cargabas feliz, seguro de que valdría el esfuerzo. Por vencida, la cremallera de tu mochila se abrió en torno a una esquina del libro grande que emergía como isla volcánica, flameante entre vapores y burbujas. Así me di cuenta de tu robo. Adiviné que te llevabas el pesado atlas de astronomía y celebré que escogieras un libro mío para ilustrar tu universo.

M A D R E
D E L
R I T M O

[16.IV.2021 — 13.VII.2022]

para Selene

ánima del clima,
las mujeres siempre oyeron
primero tus mareas en sus vientres
de donde vengo & adonde voy:
mi rotunda ignorancia de mujer,
la curiosidad que me define, luna.

Entonces, O Luna, cuéntame en comunidad

Sir Philip Sidney

Si un día me construyera una casa, sería una casa bajo la luna llena
y esa casa sería compartida con los lunáticos de toda era.

Pero ese día sería una noche, y mi casa, mera choza que sorbe
una fila de poetas que bailan hacia un telescopio
(es la mejor fiesta del mundo esta noche).

Safo es la primera frente al ocular lleno de luna.

Pasan Lugones, Jiménez y Lorca. Llega mi turno: honro
al copista primigenio que arrió del cielo al suelo
el más allá más cercano.

Luego monedas y discos. Y la ristra de anillos
que deja la copa de vino sobre la mesa donde escribo
evoca también sus ciclos. Y las rondas de los niños en el parque
y las rondas de la sangre en el cuerpo
son sin duda su reinado.

Así, no me extraña que la historia
en círculo se consuma.

Así encarno a quien tenga cielo oscuro
y le sorprenda una luna que restituye
su sombra en la noche
como un regalo.

No hay claridad más amable
que en las noches de luna llena.
Entonces, impregnados de penumbra,
son costas los contornos de las cosas
y hay piedras que dan hambre...
el mundo se lee: en parte se imagina.

De día, el sol graba al aguafuerte
mientras de noche la luna llena
esboza al carboncillo. Repito:
si al sol duele mirarle el circo
la luna manifiesta ombligo.

Mengua mi falta de cuidado, mengua la rabia y el ruido.
Y crece mi hombre preferido como un hijo interno
o un mejorarme para un hijo.

Madre del ritmo,
tú guardabas el amor en un puño,
un puño tamaño del útero.
A ti seré fiel, cabeza del casi parido
que asoma entre labios redondos.

BITÁCORA
DE UN
SOBREVIVIENTE
[27.II.2010 —]

para Pelluhue

Anoche oí el sonido grave de un planeta sano. Como retorcijones de una barriga amada, así lo oí. Oí la tierra desembarazarse su olvido. Después oí el agua, con majestad creciente hasta el terror: la oí zamparse el pueblo. Mandíbula marina, una ola hablaba con la boca llena de casas. Retrocedía. Pelluhue crujió. Como un barril lleno de piedras cuesta abajo sonaba el mar llevándose los botes, los autos, los postes y los árboles— todo en un bocado. Feroz su gula, el reclamo del océano: su reconquista. Su resaca digería, hacía gárgaras de muerte— escupió sobrevivientes que tosieron sal entre cadáveres.

Todo está mojado pero no hay agua potable. Olvida la electricidad.
De la noche a la mañana, la ingeniería retrocedió un siglo. Una hora entre subir la montaña para llenar dos bidones con agua de vertiente y volver a la casa de mis abuelos, para que bebamos, para que cocinemos y nos lavemos con la pobre cantidad que puedo cargar... perlas son las gotas que pierdo en el camino.

Nuestro carnaval apretujado bajo los dinteles.

Cabeceo entre mis abuelos vivos. Estoy vivo. Dormito y despierto: son siestas de un minuto, sin descanso. Entre mis abuelos. Cruzamos las puertas que se cerraban solas. Fintamos las tejas que llovían y acampamos. Estamos los tres sentados, vivos ellos y yo entremedio, vivo. Dormito y despierto con las réplicas del terremoto: ¿saldrá el mar de nuevo? ¿Alcanzará nuestra casa esta vez? En vez de esa amenaza, me concentro en el tesoro de escuchar las voces de mis ancestros mientras aún provienen de sus cuerpos. Las seguiré oyendo después de su muerte, hasta mi muerte. Cuando tropiece, su lengua alzaré mi pie hacia el paso siguiente. Los invitaré a renacer, pero no todavía. Estamos vivos.

Los tallarines de anteayer son un milagro recalentado.

Anoche desperté desorientado por el terremoto, llamé en voz alta el nombre de la amada que faltaba en mi cama. Me levanté de un salto, entré en una nube parda. Tosí en la polvareda del adobe en fricción: ladrillos contra ladrillos se frotaban como las patas de una mosca conspiradora.

Mi abuela me había contado de esta polvareda que posee el dormitorio: así ocurrió en el terremoto de su niñez. Ese fue su cataclismo, este es el mío. Así es Chile: un país donde el planeta insiste su juventud.

Por curiosidad escritora o misión de testigo, quise enrostrarme el terror. Bajé a la costanera después de la primera ola. Ví casas aplastadas como polilla en un aplauso; de las puertas y ventanas desvencijadas, un vómito de muebles— corrí de vuelta mientras se abalanzaba la segunda ola.

Otros corrieron a la playa para escapar del terremoto.

«Fui a buscar una tía que no encontré, no estaba en su casa, y su casa tampoco estaba».

Un hombre arrastrado kilómetros tierra adentro por la tercera ola pedía ayuda. Quería sacar el cuerpo de su madre engastado entre un poste y un paredón, pero no podía, tenía quebrados un brazo y una pierna. A sacar y a cargar su madre muerta le ayudamos tres hombres sin nombres. «Occisa», anotó el carabiniero que extrajo de mi reloj la nerviosa hora de defunción. Tu abrazo al cadáver humano hinchado por el agua, no lo olvidarás nunca.

No se siente bien escribir, pero escribo: incómoda, mi pasión es mi sobrevivencia.

Me comparo a esa fotógrafa entre damnificados: una corresponsal con lentes negros, grises en la bruma.

Más nítida que cualquier foto, recuerdo al hijo que, cuando supo que el maremoto sucedería al terremoto, corrió a salvar a su padre que vivía en la costanera, pero el mar se lo arrancó de las manos cuando abrió la puerta de ahora escombros. Recuerdo al que encontró a su madre anciana antes que la muerte; la sacó de su casa y empezaron a correr mientras más alto mejor, pero ella regresó apurada porque había olvidado su cartera. Entonces la ola reclamó. «La encontramos tiesa al día siguiente». Un brazo sobre el pecho sujetaba su cartera con rigor mortis.

Me cuesta incluso empuñar este lápiz, estoy exhausto. Bajo los párpados, sobresalta otra réplica del terremoto.

Al entrar y salir de habitaciones, como acto reflejo de una vida pasada, presiono los interruptores en el muro, sin más luz que un desengaño. Y al abrir la llave sin agua, con la boca seca y el cuenco de las manos vacío, cabe reírse de sí mismo, de cuán cómodo era ayer, ayer en cien años más.

O, no fue una ola, sino un cerro de agua, así lo cuentan mis amigos pescadores, «como si el mar se hubiera inflado». Dicen que un muro de agua se volvió un techo, una frazada espantosa que se avalanchó desde abajo con velocidad de pesadilla. Un bolón de océano como selva en tránsito, pateando la cultura de vuelta a natura. Arrancó de cuajo lo erigido. Dejó arena y conchas sobre las calles que osaron enterrar la tierra y pavimentar cauces.

Esa noche sonaba, sin embargo, como obra en construcción.

Por el sonido. El sonido de una calle que es un río donde navegan hornos y refrigeradores. El sonido de un beso de edificios, de ripio en chorro. De estática televisora, sin señal. De galletas moliéndose en su envoltorio cerrado— un arrugarse de borradores. Fábrica de imágenes, persiste sin olvido ese sonido.

No importa cuantos años pasen. Saldrá y saldrá y saldrá a flote
ese día abisal que fue una noche.

Su derredor de muerte vivifica. Es marca de renacimiento, mi ci-
catriz mayor.

Con cada ciclo de luna, con cada pesadilla que incita la custodia
de mi hijo, el terremoto repercute. Y el maremoto enjuaga la
costumbre, enseña las raíces.

Extraño el océano: nuestra fosa común originaria.